ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

HERIR EN LO VIVO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenada en el teatro de Lara la noche del 24 de Diciembre de 1881.

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1881.

HERIR EN LO VIVO

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

HERIR EN LO VIVO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenada en el teatro de Lara la noche del 24 de Diciembre de 1881.

MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES................	SRA. D.ª SOFÍA ALVERA.
FERNANDO................	SR. DON ALFREDO MAZA.
RAMON...................	» » JOSÉ RUBIO.
JUAN....................	» » RICARDO MANSO.
LUIS....................	» » JOAQUIN VALVERDE

Época actual.

AL SEÑOR

D. ALFREDO MAZA

En prenda de su agradecimiento y amistad sincera.

EL AUTOR.

Madrid 3 *de Enero de* 1882.

ACTO ÚNICO

La escena representa un gabinete, lujosamente amueblado, de una casa de campo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, RAMON Y JUAN.

FERN. ¿Ya tienes el equipaje
arreglado?
RAMON. Por completo.
¿Y el tuyo?
FERN. Descuida, el mio
lo estará tambien muy luego;
tiene este Juan tal costumbre
de hacer maletas, que pienso
que él las arregla y prepara
más pronto que yo lo ordeno.
JUAN. ¡Tanto viajar!
RAMON. Pues á ellas,
que ya no hay que perder tiempo:
á las doce y cinco pasa
por Reinosa el tren correo,
y distamos de Reinosa
dos ó tres leguas lo ménos.
FERN. ¡Son las nueve!
RAMON. Lo que tengas
que hacer, mejor está hecho.
FERN. Bien, pues mira que esté pronto
el equipaje dispuesto...

JUAN. Al instante.
FERN. Los baules
y armarios están abiertos.
JUAN. ¿Pondré ropa de verano?
FERN. Sí, de verano.
RAMON. Y de invierno.
FERN. Ramon, que estamos en Junio.
RAMON. Ya lo sé, ¿y qué importa eso?
Si en Junio es el calor grande
grande es el frio en Enero.
FERN. Pero para entonces...
RAMON. Vaya,
para entonces no habrás vuelto.
FERN. No lo sé.
RAMON. Porque lo ignoras
me prevengo y te prevengo.
FERN. Bien, pues pon en los baules
todo lo que encuentres dentro
de mis armarios, y acabas
de esa manera primero.

ESCENA II.

FERNANDO Y RAMON.

RAMON. Es una alhaja ese chico;
te le compro.
FERN. No le vendo.
RAMON. Te daré un precio muy alto.
FERN. Me quiere, y no tiene precio.
RAMON. ¡Mucho le estimas!
FERN. Me sirve
hace seis años lo ménos.
RAMON. ¿Tendrás en él gran confianza?
FERN. Y merece la que tengo.
RAMON. Entonces estará al cabo
de todos tus trapicheos,
y será tu confidente,
cuando no tu medianero.
FERN. Yo no me rebajo á hacerle

confidencias de ese género
á quien, por mal educado,
pudiera ser indiscreto.

RAMON. Es verdad, no te conviene
que conozca tus enredos
quien pueda hacer que tu esposa
llegue un dia á conocerlos.
¡Pobre Mercedes! No sabe
qué marido la dió el cielo...
¡Ah, pícaro! ¡No mereces
la mujer que tienes!

FERN. Bueno;
¿te has levantado con ganas
de echar sermones? Me alegro;
más no olvides que tú eres
quien más necesita de ellos.

RAMON. No, señor, tú estás casado...

FERN. Ya lo sé.

RAMON. Y yo estoy soltero;
ve si el caso es diferente...

FERN. El mal siempre es mal...

RAMON. Concedo;
mas tú faltas á sagrados
deberes que yo no tengo,
y eso agrava tu delito.

FERN. Bien, Ramon, dejemos eso.

RAMON. Como quieras...

FERN. Yo no soy
tan malo como parezco;
oye mi defensa.

RAMON. ¡Cáspita!
¿Te defiendes?

FERN. Me defiendo.
Yo me casé á los veinte años,
sobre poco más ó ménos;
Mercedes tenia quince
justos.

RAMON. ¡Buen par de muñecos!
FERN. Ahí está; pues de eso nace
lo que hoy está sucediendo;
pasaron pronto los dias
que el amor hace tan bellos,
y ha seguido el desencanto
á la pasion de un momento.
Ella es buena, acaso me ama,
y tal vez llora en silencio
mi desvío...
RAMON. Y tú entretanto...
FERN. Y yo, entretanto, me entrego
á los placeres, hastiado
de su amor tranquilo y tierno.
RAMON. ¡Hastiado!
FERN. Sí, todo cansa...
recuerda al fraile del cuento...
por comer siempre perdices
le fué el manjar indigesto.
RAMON. No es razon...
FERN. ¡Ah, con el prógimo
somos todos muy severos!
¡No te mostraras tan rígido
á encontrarte en mi pellejo!
RAMON. ¡Quién sabe!
FERN. ¡Y despues de todo,
Ramon, no soy tan protervo!
Viajo, es verdad, viajo mucho,
mas de cuando en cuando vengo
y...
RAMON. Pasas aquí tres dias
despues de estar fuera ciento.
FERN. Y áun estando aquí tan poco
hago un sacrificio inmenso.
RAMON. ¡Bravo! ¡La enmiendas!
FERN. ¿Qué quieres?
Odio el campo, le detesto.

RAMON. ¿Por qué vive en él tu esposa?
FERN. Porque lo mandan los médicos;
las ciudades no la prueban,
y no tiene más remedio
si ha de conservar su vida,
que habitar en un desierto.
RAMON. ¡Vamos!
FERN. Y ya ves, no es justo
que yo, que estoy sano y bueno,
consagre tambien mis dias
á trepar por vericuetos.
Ella aquí vive contenta;
mi hijo, en Madrid, con mi suegra
se educa bien, y yo en tanto
corro mundo y me divierto.
RAMON. Y vas á ver á Enriqueta.
FERN. No la nombres, te lo ruego;
pronunciando aquí ese nombre
me parece que enveneno
el aire puro y balsámico
de mi santo hogar doméstico...
RAMON. ¡Ah, la adoras como un loco!
FERN. Conozco que la desprecio,
y, sin embargo, me punza
y me abrasa su recuerdo.
RAMON. ¡Pobre Mercedes!
FERN. Sí, ¡pobre
Mercedes!
RAMON. No lo comprendo.
¿Tambien tú la compadeces?
FERN. Ramon, sí, la compadezco.
RAMON. ¿Cómo?
FERN. Al más malo le queda
en el alma algo de bueno.
RAMON. Bien, termine ya este asunto,
que es enojoso en extremo...
¡A París!

FERN. Eso es, y nunca
te metas á misionero.
RAMON. ¡Qué Enriqueta! Y dime, ¿al cabo
la llevas el aderezo
que compramos en Turin
para...
FERN. Sí, sí, se le llevo.
RAMON. ¡Vamos!
FERN. Mi mujer posee
muchas alhajas, y creo
que la habrá de importar poco
una joya más ó ménos.
RAMON. Es verdad, y así Enriqueta...
FERN. Mercedes llega... ¡silencio!

ESCENA III.

DICHOS Y MERCEDES.

MERC. Mucho se madruga.
FERN. ¿Mucho?
RAMON. Las nueve han dado hace tiempo.
MERC. A las nueve no acostumbran
ustedes á estar despiertos.
RAMON. Pero hoy es dia de viaje.
FERN. Justamente.
MERC. A pesar de eso;
hasta las doce no pasa
por Reinosa el tren correo.
FERN. Sí, peró de aquí á Reinosa
de seguro tardaremos
hora y media.
MERC. ¡Quiá! No tanto.
RAMON. Sí, que el camino es perverso.
MERC. Pronto me dejan ustedes.
RAMON. Pero con gran sentimiento.
FERN. Hemos estado ocho dias
aquí, ya ves...
MERC. Sí, ¡qué exceso!

ERN. Vinimos por tres, y traje
á Ramon á este desierto
con la condicion precisa
de irnos los dos juntos luego
á París...

MERC. No, no me opongo;
si ustedes no están contentos...

RAMON. ¡No estar contentos!

FERN. ¡Mercedes!

MERN. Así parece, á lo ménos.
Esa prisa...

RAMON. Prueba sólo
que los hombres somos memos;
¡vamos á correr la tierra
y dejamos aquí el cielo!

MERC. ¿El cielo?

RAMON. Para nosotros
lo es.

MERC. ¿Sí? Les diera crédito
si ustedes se sometieran
á probármelo con hechos.

FERN. No exijas...

MERC. No exijo nada;
habla Ramon, y contesto.

FERN. Bien, basta.

MERC. ¿Quiéren ustedes
que preparen el almuerzo?

FERN. No, que en la estacion hay fonda,
y en la fonda almorzaremos.

RAMON. Aquí va á haber despedida
matrimonial, y el onceno...

FERN. ¿Qué dices?

RAMON. Que yo me marcho.

MERC. Pero Ramon...

RAMON. Hasta luego. (Mutis 2.ª derecha.

ESCENA IV.

MERCEDES Y FERNANDO.

MERC. ¿Al fin es hoy la partida?

FERN. Ya ves, es cosa resuelta.

MERC. Pero no será la vuelta
tan pronta como la ida!
FERN. ¿Quién sabe?
MERC. Yo lo presumo.
FERN. Pues hija, mal presumido.
MERC. Tu vuelta es, señor marido,
parecida á la del humo.
Sabes al venirme á ver
cuándo me vas á dejar,
pero ignoras al marchar
el dia en que has de volver.
FERN. No oses con un cargo injusto
aprisionar mi albedrío;
si el viajar es gusto mio
déjame que haga mi gusto.
Pnes qué, ¿cuando tú improvisas
tus fiestas y tus funciones
te presento yo objeciones
ni te pongo cortapisas?
¿No haces lo que más te place?
Pues no me quieras tu esclavo,
y déjame á mí que, al cabo,
cada cual mira lo que hace.
MERC. ¿Y estás resuelto á partir?
FERN. Ya te he dicho que lo estoy.
MERC. ¿Y en un dia como el de hoy,
Fernando, te vas á ir?
FERN. ¿Qué dia es hoy? Te confieso
que igual que otro me parece.
MERC. No, que hoy estamos á trece
de Junio.
FERN. ¿Y qué importa eso?
MERC. ¡A trece!
FERN. ¡Ah! Cobra el reposo.
MERC. ¿Te acuerdas? (Con ansiedad.)
FERN. ¡Qué tontería!
No te apures, hija mia,

¡yo no soy supersticioso!
MERC. No es eso. **(Incomodada.)**
FERN. Mercedes, calma,
tengamos en paz la fiesta.
MERC. Es que con esa respuesta
me has lastimado en el alma.
FERN. ¿Por qué?... Habla... Te lo exijo.
MERC. ¿Tal fecha no te conmueve?
FERN. No.
MERC. ¿Olvidas que hoy hace nueve
años que nació tu hijo?
FERN. Cierto, lo habia olvidado.
MERC. ¿Y lo declaras?
FERN. Sí tal;
olvidar el santoral
pienso que no es un pecado,
sino cosa baladí...
MERC. ¿Te vas?
FERN. Sí.
MERC. Bien, pues será
sabiendo que hoy Luis vendrá
y que no te hallará aquí.
FERN. ¿Que vendrá? ¡Bah! Bien dispones
tus redes, pero es en vano...
¿Y el colegio?
MERC. En el verano
le dan siempre vacaciones.
FERN. Esa es la verdad, ¡pardiez!
MERC. ¿No te irás, eh?
FERN. Sí, me voy...
¿Da más que le vea hoy
que el que le vea otra vez?
MERC. Tengo una respuesta llana
que oponer á tu egoismo:
¿y á tí no te da lo mismo
marchar hoy que irte mañana?
FERN. Mi viaje es cosa resuelta,

y Ramon se enfadaria
al saber... nada, hija mia,
lo he dicho y no tiene vuelta.

MERC. ¿Y quieres que no me apene?
Hace tres años ó más
que no le ves, y te vas
al mismo tiempo que él viene.

FERN. Como yo nada sabia
de su viaje, he decidido
irme... si hubiera sabido
algo...

MERC. Lo mismo seria.

FERN. ¿Cómo?

MERC. Igual.

FERN. Pero repara...

MERC. Ni le conoces siquiera...
¡Si el padre le conociera
de seguro le esperara!
Mira, valen un tesoro
sus ojos claros y bellos,
y son sus rubios cabellos
una madejita de oro.
Sus lábios dieran agravios
al rubí que los provoca...
no hay más que amor en su boca
ni más que miel en sus lábios.
La esbeltez de su figura
es la esbeltez de la palma,
y tiene un alma... ¡oh! su alma
es mejor que la envoltura.

FERN. Bien; no de ese modo esperes
conseguir tu vano intento;
me marcho...

MERC. Escucha un momento
y despues vete si quieres.
Era una tarde sombría
del Otoño que espiraba:

yo, sentada allí, bordaba,
Luis, á mi lado, leia.
Callábamos; de repente
Luis dejó el libro un momento,
como si un mal pensamiento
le cruzara por la mente;
y volviéndose hácia mí
preguntó con ansiedad:
Yo tengo padre, ¿verdad?
Sí, hijo, sí, le respondí,
le tienes; la suerte infiel
lejos de aquí le reclama;
mas si vieras lo que te ama
¡cuánto le amaras tú á él!
Sí le amaré, madre mia,
dijo, amarle es mi deseo,
pero como no le veo
creí que no le tenia.
Calló, en mi pecho halló abrigo
para ahuyentar sus enojos,
y me dijo con los ojos:
¿Y por qué no está contigo?
Yo entonces, pobre mujer,
me quedé muda y turbada;
muda, sí, que avergonzada
no supe qué responder.

FERN. Vaya, hablando de tu hijo
pierdes, Mercedes, el seso:
¿con los ojos te dijo eso?

MERC. Con los ojos me lo dijo;
ví bien clara su intencion;
¡madre que en ello repara,
igual que le ve la cara
le ve á un hijo el corazon!

FERN. ¡Bah! No digas tales cosas
que son vistas ya tus redes,
sensiblerías, Mercedes,

nécias, además de ociosas.

MERC. ¿Te vas?

FERN. Ya está el equipaje,
é inútilmente me hostigas,
porque, digas lo que digas,
hoy he de emprender el viaje.

MERC. ¿Sin ver á Luis?

FERN. Sí, y lo siento.

MERC. Oye, y si tienes conciencia...

FERN. No más, me falta paciencia
para oir un nuevo cuento. (Mutis. 2.ª derecha)

ESCENA V.

MERCEDES.

¡Bien su desvío declara
con tan constantes enojos!
No me quiere, es cosa clara...
¡Lo he visto impreso en su cara
y me lo han dicho sus ojos!
No me quiere, y ¡me es infiel!
Todas estas cartas son
para él, sí, para él...

(Saca un paquete de cartas, que desparrama sobre la mesa.)

¡Y, entre tantos, no hay papel
que no pruebe una traicion!

ESCENA VI.

MERCEDES Y JUAN.

JUAN. ¿Y el señorito?

MERC. En el cuarto
de don Ramon debe estar.

JUAN. Bien, lo que voy á decirle
me parece que es igual
decírselo á usté.

MERC. Habla entonces.

UAN. Al disponer y arreglar
las cosas que el señorito

para el viaje llevará,
he encontrado en su joyero
esto. (Un estuche.)

MERC. Bien, ¿qué es eso, Juan?

JUAN. Una alhaja de señora.

MERC. (¡Cielos!) A ver.

JUAN. Ahí está.

MERC. ¡Ah! Es mia. (Que no sospeche.)
Justo, mia.

JUAN. Es natural.

MERC. Estaria en su joyero
por una casualidad.

JUAN. Eso es, lo que yo me dije:
el señor no ha de gastar
aderezos, que esa es prenda
de señoras nada más.

MERC. Está claro.

JUAN. Pues ahí queda,
y yo voy á continuar
preparando los baules
que andan las diez cerca ya. (Mutis 1.ª drcha.)

ESCENA VII

MERCEDES.

¡Más pruebas, Señor, más pruebas,
por si hicieren falta más,
de que mi marido ofende
mi amor y mi dignidad!
Esta alhaja ¿no pregona
su conducta desleal?
Y estas cartas ¿no me dicen
la infamia de que es capaz
quien olvida sus deberes
con tanta facilidad?
¡Oh! Ya basta de sufrir
sin quejarme, y de llorar
á solas... ¡Hoy por hoy fuera

mi silencio criminal!
Sí, ya es hora de que yo
me coloque en mi lugar
y de que pida á Fernando
cuenta de su falsedad.
Con la paz le brindé há poco,
y pues no quiso la paz,
es fuerza que me prepare
á volverle mal por mal.
Sufra la vergüenza... El tiene
la culpa... Pero aquí está.

ESCENA VIII

MERCEDES Y FERNANDO.

FERN. ¡Hola! ¿Se pasó el enfado
ó te dura todavía?
MERC. Pasó ya.
FERN. Pues, hija mia,
celebro que haya pasado.
MERC. Fué breve.
FERN. No fué tan breve.
MERC. El mayor enfado mio
es una nube de estío
que la arrastra el viento leve.
FERN. ¡Quiá! Si te hace cualquier pena
un efecto extraordinario.
MERC. Hoy te pruebo lo contrario,
pues ya ves que estoy serena.
FERN. ¿Tú serena?
MERC. Y divertida.
FERN. ¿Tambien eso?
MERC. Si supieses,
desde hace unos cuantos meses
lo que ha cambiado mi vida!
FERN. ¿Que ha cambiado?
MERC. Sí.
FERN. Mejor.

¿Y en qué ha cambiado? No atino...

MERC. Vas á reirte: un vecino
del lugar me hace el amor.

FERN. ¡Cómo! ¿Se atreve un villano?

MERC. Me ve sola, no te choque...

FERN. De fijo es un alcornoque.

MERC. No, señor, que es escribano.
En cuanto me ve salir
ya le tengo al lado mio.

FERN. Y tú ¿qué haces?

MERC. Yo... me rio.

FERN. Pues no te debes reir.

MERC. Si tú le vieras un dia
con su cara triste y lácia,
de fijo te haria gracia...

FERN. No, señor, no me la haria.

MERC. Hombre, si es un ente raro
que por mí se vuelve loco,
y en cuanto le miro un poco...

FERN. Pero ¿le miras?

MEFC. Es claro.

FERN. Tú no debes de mirar
á ninguno más que á mí...

MERC. ¿Y cuándo no estés tú aquí?

FERN. Ciega.

MERC. ¿Qué hablas de cegar?

FERN. Antes que hacerme una afrenta...

MERC. Pero, hombre, fuera inhumano
no mirar á un escribano
que con eso se contenta.

FERN. Pero ¿él te habla?

MERC. No, me ha escrito.

FERN. ¡Vamos!

MERC. ¡Y me hace una gracia!

FERN. ¿Sí?

MERC. Y ha tenido lo audacia
de mandarme un regalito.

FERN. ¡Cómo! ¿Tambien se ha lanzado
á regalarte ese nécio?
MERC. Y una joya de gran precio...
FERN. ¿En dónde la habrá encontrado?
(Yo creo que estoy celoso.)
MERC. Ven, no pienses que es mentira.
FERN. (¡Y de un escribano!)
MEC. ¡Mira
qué aderezo más precioso!
FERN. A ver. (¡Vírgen de la O!)
MERC. (Se ve perplejo.) ¿Qué tal?
FERN. Muy lindo. (Pues es igual,
igual que el que compré yo.)
(¿Será?...)
MERC. (Empiezan sus apuros.)
FERN. (Bien puede haber dos iguales.)
MERC. Ya valdrá cuatro mil reales.
FERN. ¡Quiá! Si costó dos mil duros.
(¡Adios!)
MERC. ¿Qué?
FERN. No, no lo sé;
pero aproximadamente...
MERC. ¡Ah! Tú eres inteligente...
FERN. Mucho, y además compré
uno como ese en Turin.
MERC. ¿Tú?
FERN. (¡Me he vendido!)
MERC. ¿Qué escucho?
FERN. No este viaje, no... hace mucho...
cuando yo era chiquitin.
MERC. ¡Ah, vamos! (Mal se defiende.)
FERN. (No sé por qué tiemblo todo.)
Pero oye: quien de ese modo
te regala ¿qué pretende?
MERC. No lo sé.
FERN. Pues ello es llano,
algo espera.

MERC. No lo sé...
él dice que tiene fé.
FERN. Sí, la fé de un escribano.
¡Esa no es fé! Aunque en verdad
cuando á obsequiarte se lanza...
MERC. Tendrá tambien esperanza.
FERN. No tengas tú caridad.
MERC. ¿Yo? ¡Quiá! Y eso que asegura
el pobre que por mí vive.
FERN. ¡Caracoles!
MERC. Y me escribe...
FERN. ¿Tambien?
MERC. ¡Con tanta ternura!
Oye un poco.
FERN. (¡Me exaspera!)
MERC. Y verás qué mentecato.
Te vas á reir un rato.
FERN. (Sí, de dientes para afuera.)
MERC. (Lee.) «No tengas celos, bien mio,
te quiero más que me quieres:
eres mi esperanza, y eres
el dueño de mi albedrío.»
FERN. (¡Cielos!)
MERC. «Por seguirte amante
pugna en vano el alma inquieta...»
FERN. (¡Una carta de Enriqueta!
¡Me aplastó!)
MERC. ¿Ves que tunante?
FERN. ¡Basta!
MERC. ¿No te gusta?
FERN. A ver...
MERC. Toma. (Le da la carta.)
FERN. ¡De su misma mano!
MERC. ¿No te choca? Mi escribano
tiene letra de mujer.
FERN. ¡Basta ya!
MERC. ¡Qué! ¿Eso te apura?

¡Una tontería!

FERN. Aparta...

¡Si no es para tí esta carta!

MERC. ¡Qué! ¿Es para tí, por ventura?

FERN. Sí.

MERC. ¿Y lo confiesas? (Cayó.)

FERN. Digo, no, no es para mí.

MERC. Si has dicho...

FERN. ¿Dije que sí?

Pues quise decir que no.

(¡Ay, qué lío!)

MERC. Estás cogido,

cogido en tus propias redes.

FERN. Pero escúchame, Mercedes...

MERC. Si tú mismo te has vendido.

La has conocido enseguida;

luego es para tí.

FERN. Te engañas.

MERC. No me vengas con patrañas...

FERN. (¡Malo!)

MERC. Que estoy convencida.

FERN. Yo rechacé tu invencion,

porque esta carta... (¿Y qué digo?)

MERC. Vamos, habla.

FERN. Es de un amigo.

MERC. ¿De qué amigo?

FERN. De Ramon.

(¡Ay, perdóneme su ausencia!)

MERC. ¿De Ramon?

FERN. Sí. (Estoy salvado.)

Sí, de Ramon que me ha dado

toda su correspondencia.

MERC. ¿Y para qué?

FERN. ¡Qué sé yo!

Porque ese fué su deseo.

MERC. No lo creo, no lo creo.

FERN. ¿Cómo?

MERC. Te digo que no.
FERN. ¿Se lo quieres preguntar
á él mismo?
MERC. Será preciso.
FERN. Pues enseguida le aviso.
MERC. ¡Quiá! No; le quieres hablar
y disponer sus respuestas.
FERN. No tanto, mujer, no tanto.
(¡Me pescó!)
MERC. Aquí está.
FERN. (¡Dios santo,
me cayó la casa á cuestas!)

ESCENA IX.

DICHOS Y RAMON.

RAMON. Si aún estorbo...
MERC. ¡Qué bobada!
Le necesito á usté.
RAMON. ¿A mí?
MERC. Á usted.
FERN. (A Ramon.) (Dí á todo que sí.)
RAMON. ¿Cómo?
MERC. ¿Qué dices?
FERN. ¿Yo? Nada.
RAMON. ¡Pues en lo que pueda yo!
MERC. Sepa usted que he sorprendido
un belen de mi marido...
RAMON. ¿Cómo?
FERN. (Dí á todo que no.)
MERC. Pero él vuelve contra mí
la sospecha que le amarga,
y echa sobre usted la carga...
RAMON. ¿Cómo?
FERN. (Dí á todo que sí.)
MERC. ¿No es justo que dude yo
viendo que él mismo se abona?
Usted es buena persona...

RAMON. Gracias.
FERN. (Dí á todo que no.)
MERC. Y no es cosa baladí
el pesar que me atormenta...
¿será cierto lo que él cuenta?
RAMON. A ver.
FERN. (Dí á todo que sí.)
MERC. O igualando su descoco
con su imprudente deseo
¿me negará lo que veo?
FERN. (Dí á todo que no.)
RAMON. ¿Estás loco?
FERN. (Calla.)
MERC. ¿Qué dice?
FERN. ¿Yo? Nada.
RAMON. Pero, señor, ¿qué ha pasado?
Tú estás como disgustado
y usté, así, como enfadada.
MERC. Va usted á saberlo.
FERN. (¡Ay de mí!)
RAMON. ¿Qué me dirá? (**A Fernando.**)
FERN. ¡Qué sé yo!
RAMON. Y ¿qué contesto? ¿Sí ó no?
FERN. Pues, hombre, ni no, ni sí.
MERC. (No cabe duda, me ultraja
y persiste en su estravío.)
Dígame usté, amigo mio,
¿conoce usted esta alhaja?...
Vamos...
RAMON. No digo que no...
MERC. Si ya se me hacia á mí...
RAMON. Pero tampoco que sí...
MERC. Pues entonces...
RAMON. ¡Qué sé yo!
MERC. ¡Bien! Me gusta la respuesta.
RAMON. Pues, señora, en ella insisto:
no sé si he visto ó no he visto

alguna joya como esta.

FERN. (Dile que no á todo ahora.)

RAMON. (¿A todo?)

MERC. Usted no me ayuda...
Pues estas cartas ¿sin duda
son para usted?

RAMON. No, señora.

FERN. (¡Adios!)

RAMON. (A Fernando.) ¿Eh? ¿Qué tal?

FERN. (¡Adios!)

MERC. Oye el testimonio ajeno.
Gracias.

FERN. Muchas gracias.

RAMON. (¡Bueno!
¡Quedan contèntos los dos!)

MERC. Basta.

FERN. Escucha.

RAMON. (Le salvé.)

FERN. (Lo ha echado todo á rodar.)

MERC. Ya no podrá usté negar
que estas cartas son de usté (Mutis.)

ESCENA X.

FERNANDO Y RAMON.

FERN. ¿La ves? La ahoga el despecho.

RAMON. ¿El despecho?

FERN. Y no es extraño...
¡Ay! No sabes todo el daño
que la has hecho y que me has hecho.

RAMON. ¿Yo?

FERN. Sí.

RAMON. Pues ¿cómo he podido?

FERN. Con tu conducta indiscreta...
Mira, cartas de Enriqueta
que Mercedes ha leido.
Y fué tal mi confusion
cuando sus quejas oia,

que, sin saber lo que hacia,
la dije: son de Ramon.

RAMON. ¡Cáspita!

FERN. ¡Y tú lo has negado! (Pausa.)

RAMON. Oye, me ocurre una cosa.

FERN. A ver.

RAMON. Huye de tu esposa.

FERN. ¡Hombre, huir!...

RAMON. Y estás salvado.

FERN. Pero...

RÁMON. Ve que es mi consejo
el consejo de un amigo.

FERN. Es verdad, me voy contigo...

RAMON. ¡Bravo, Fernando!

FERN. Y la dejo
á solas con su coraje,
que ser terrible promete.

RÁMOM. Pues, enseguida...

FERN Sí, vete
á preparar el carruaje.

ESCENA XI.

FERNANDO.

Sí, Ramon tiene razon...
á mí me conviene huir.
Nada, es preciso seguir
el consejo de Ramon.
Que deje para otra vez
sus filípicas Mercedes.
¡Ay! Bíen dispuso las redes,
pero se la escapa el pez.
¿He de esperar el turbion
que me amenaza? ¡Ahí es nada!
Una mujer enfadada...
¡y enfadada con razon!
No, no quiero ver su gesto
ni fingir que me incomodo...

ESCENA XII.

FERNANDO Y JUAN.

JUAN. ¡Señor!
FERN. ¿Qué hay, Juan?
JUAN. Ya está todo
el equipaje dispuesto.
FERN. Bájale por la escalera
interior, pero enseguida...
(Bien se prepara la huida.)
¡Ah! Mi abrigo y mi cartera.
JUAN. Ahora.
FERN. (Temo que me atrape
Mercedes.) Corre.
JUAN. Aquí está.
FERN. ¡Bueno! ¿Qué haces? Vete ya
á bajarlo todo á escape.

ESCENA XIII.

MERCEDES Y FERNANDO

FERN. ¡Adios!
MERC. ¿Te marchas, Fernando?
FERN. ¡Quiá! (Aquí va á ser ella.) No.
MERC. Te ibas, que lo he visto yo...
FERN. No, si me estaba paseando.
MERC. ¿Paseándote con cartera
y abrigo?
FERN. ¡Claro! ¿Qué mal
hay en eso? Cada cual
se pasea á su manera.
MERC. Me duele verte embustero.
FERN. No, no me enfado. Ven.
MERC. ¿Qué haces?
FERN. Vamos á firmar las paces,
que, antes de marcharme, quiero
que, olvidando tus enojos
y mis supuestos agravios,

vuelva la risa á tus lábios
y la alegría á tus ojos.

MERC. ¿Que eso pretendas? No sé
cómo te atreves.

FERN. Repara...

MERC. Dí: de un hombre que cortara
un buen árbol por el pié,
y que, despues de cortado
y ya seco, pretendiera
que aquel árbol mismo diera
fruto dulce y regalado
¿qué dirias? Lo increible...
Teniendo su mente en poco
pensarias que era un loco
pretendiendo un imposible.
No le quieras imitar,
cesen tan locas porfías...
no me pidas alegrías
que tú acabas de matar.

FERN. Confía, ten esperanza,
y esa sospecha desecha.

MERC. Cuando nace la sospecha
muere siempre la confianza.

FERN. Los celos roban tu paz
y no puedes pensar bien...

MERC. ¡Cómo! ¿Yo celos? ¿De quién?
¿De una aventurera audaz?
Aunque la adores y te ame
no me inspira esos desvelos...
¡tu esposa ha de tener celos
que una meretriz infame!
Tener celos de una bella
que se ha degradado así
fuera elevarla hasta mí
ó descender yo hasta ella.

FERN. Mujer, que me oigas deseo
y que falles en conciencia...

Ningun tribunal sentencia
sin oir antes al reo.
Y obtendré tu absolucion
como me llegas á oir.

MERC. ¿Otra vez quieres unir
la mentira á la tracion?

FERN. Mercedes, si te he sufrido
tanto insulto, estoy cansado
ya de ellos... y ten cuidado,
porque hablas á tu marido!

MERC. ¡Sí, á un marido que se atreve
á igualarme á una cualquiera!

FERN. No, á un marido que tolera
lo que tolerar no debe.

MERC. ¿Tal dices?

FERN. Sí, y se acabó
mi paciencia para ti,
y has de recordar que aquí
nadie manda más que yo!
Y me marcho hoy porque quiero,
y por lo mismo que mando,
y me marcharia áun cuando
se opusiera el mundo entero.

MERC. Vete, bien.

FERN. Es que no sé;
tanto el furor me extravía,
si he de volver algun dia
ó si nunca volveré.

ESCENA XIV.

DICHOS Y LUIS

FERN. ¡Quita!

LUIS. ¡Mamá!

MERC. (Abrazándole.) ¡Hijo querido!

FERN. (¡Mi hijo!)

MERC. ¡Mi Luis adorado!
¡Con qué ansiedad te he esperado!

¡Dios santo, al fin le has traido!
FERN. (¡Siento que pierdo la calma!)
Ven á mí... quizá el respeto...
MERC. Dale un abrazo muy prieto
que es tu padre, hijo del alma.
FERN. ¿No te atreves todavía?
MERC. Corre á sus brazos. (Le lleva.)
FERN. Así...
¿Tenias miedo de mí?
LUIS. ¡Como no te conocia!
FERN. (¡Dios mio!)
MERC. Se va á marchar;
despídele.
FERN. No, detente;
no es la cosa tan urgente,
y me quedaré á almorzar.
Celebraré la sorpresa
diferiendo un poco el viaje...
Conque múdale de traje.
MERC. Bien.
FERN. Y enseguida á la mesa.
MERC. Dale otro beso.
FERN. ¡Hijo mio!
¡Adios!
MERC. ¿Lo ves? Ya está en casa.
FERN. Yo no sé lo que me pasa
que siento calor y frio.

ESCENA XV.

FERNANDO Y RAMON.

RAMON. ¡Al coche!
FERN. Espera, Ramon.
RAMON. ¿Cómo?
FERN. Tengo para mí
que igual da almorzar aquí
que almorzar en la estacion.
Y una vez que todo está

pronto en casa, es menester...

RAMON. Bien, ya puedes suponer
que á mí lo mismo me da.
Pero... estás descolorido...
Si Mercedes... ¿Qué ha pasado?

FERN. Ramon, que Luis ha llegado
¡y que no me ha conocido!

RAMON. ¿Y eso te entristece?

FERN. ¡Sí!
Mas no es eso sólo, no;
es que yo ¡su padre! yo
tampoco le conocí.

RAMON. Vamos, varía el suceso.

FERN Y es grave entre los más graves.

RAMON. No tanto, hombre.

FERN. ¡Tú no sabes
lo que para un padre es eso!
¡Y que yo, infame y cruel,
presa de torpes encantos,
haya podido estar tantos
años sin pensar en él!
Tan ciego indiferentismo,
tan vil accion hoy lamento,
y, al recordarla, me siento
con vergüenza de mí mismo.

RAMON. ¿Y no piensas ya en huir?

FERN No puedo en ella pensar.

RAMON. ¿Y te quedas á almorzar?

FERN. Y á comer.

RAMON. Sí, y á dormir,
y á todo... tienes razon,
y no he de serte importuno...
veo que aquí sobra uno,
y ese que sobra...

FERN. ¡Ramon!

RAMON. Con mi marcha se concilia
todo: sé lo que te pasa...

tú te quedas en tu casa
al amor de tu familia;
Fernando, y en tanto yo
correré la Europa entera...
yo no tengo quien me quiera
¿qué importa que viaje ó no?

FERN. Pero Ramon...

RAMON. Te repito
que emprenderé solo el viaje.
¡Juan, Juan! Sube el equipaje,
que se queda el señorito.

ESCENA XVI.

DICHOS Y MERCEDES.

MERC. ¿Que se queda?

FERN. Sí, ángel mio,
concluyan tus aflicciones;
me quedo á que me perdones
mi locura y mi extravío.

MERC. Para siempre; así ha de ser.

FERN. Ténlo por cosa segura.

MERC. ¡Ah! Es tan grande mi ventura
que no la puede creer.

RAMON. ¿Por que? La razon no infiero...

MERC. Como decia Fernando
que se marcharia áun cuando
se opusiera el mundo enteros.

RAMON. ¡Ah! ¡Estuviste tremebundo!

FERN. Con razon me reconviene;
pero hoy sé que un hijo tiene
más fuerza que todo el mundo.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE INCÓGNITO (1).—Juguete cómico en dos actos y en prosa.

LOS AMIGOS DE BENITO (2).—Juguete cómico en un acto y en prosa.

ESPECÍFICO MORAL.—Comedia en un acto y en verso.

VESTIRSE DE AJENO.—Juguete cómico en un acto y en prosa.

VENCER POR SOSPECHA.—Comedia en un acto y en verso.

ENTRE DOS FUEGOS.—Juguete cómico en un acto y en prosa.

AL MAESTRO, CUCHILLADA.—Comedia en un acto y en verso.

DEL ERROR Á LA MENTIRA.—Juguete cómico en dos actos y en prosa.

AMISTAD Á RÉDITO.—Juguete cómico en dos ac-y en prosa!

---

(1) Con la colaboracion del Sr. Segovia Rocaberti.
(2, Con la colaboracion del Sr. Sanchez Ramon.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías: de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*. calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, número 9; de *Simon y Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.